

José Zorrilla

Una historia de locos



GENIO MALIGNO

JOSÉ ZORRILLA

Una historia de locos

GENIO MALIGNO

Una historia de locos, de José Zorrilla.

Esta obra se encuentra en dominio público en la República Argentina (Ley 11.723). Última muerte relevante: 1893. Dominio público en Argentina desde el 1/1/1964.

Texto tomado de Wikisource en español: [https://es.wikisource.org/wiki/](https://es.wikisource.org/wiki/Una_historia_de_locos)

Una_historia_de_locos. La transcripción de Wikisource se distribuye bajo licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0.

Edición digital: Genio Maligno, biblioteca de dominio público. geniomaligno.com.ar

Una historia de locos

*Al Señor D. Miguel Lafuente Alcántara autor de LA HISTORIA
DEL REINO DE GRANADA*

¿Qué es de mí, me preguntas, caro amigo?

¿Por qué, dejando nuestro alegre suelo,

bajo el cielo de Francia busco abrigo?

Nuevas de mí con cariñoso anhelo

me pides... ¡ay de mí! yo de mí mismo

tres años ha que se las pido al cielo.

Tres años ha que en brazos de la suerte

llevar me dejo, y por el mundo vago

como átomo perdido, y voy inerte

sin pedirme razón de lo que hago.

Me acusas de indolencia, de egoísmo,

de ingratitud, de olvido..., y en el nombre

de tu amistad reclamas el derecho

de descender de mi sombrío pecho

hasta el callado y tenebroso abismo.

Tienes razón, Miguel: tu noble mano,
que disipa la niebla en que la Historia
envuelve de los tiempos el arcano;
tu mano varonil que, asiendo un día
de la verdad la luminosa tea,
se dignó conducirme
por el morisco espléndido recinto
de la Alhambra encantada,
y a través del florido laberinto
de los cármenes frescos de Granada,
tiene derecho a descorrer ahora
las tinieblas de un alma, en la que un día
luz derramó tu ciencia indagadora:
luz como la del sol, fecundadora,
de mi fe germen, de mi numen guía.

Mas hácesme a la par tantas preguntas,
tan precisas, tan íntimas, que creo
no poder contestar a todas juntas,
por más que lo procure mi deseo.
Quieres saber dó estoy, en qué me empleo;
por qué abandono nuestra dulce España;
si riqueza o placer, duelo o hastío
me obligan a vagar por tierra extraña;
si, ahogado para siempre el canto mío,
no alzaré ya mi voz al son del río
que los vergeles de la Alhambra baña.

Quieres saber si espléndida fortuna
de mis hogares para bien me aleja,
o si anuda mi féretro a mi cuna
misteriosa desgracia o importuno
afán que mudo en mi pesar me deja.
Quieres, Miguel, que, si por caso alguno
favorable o fatal, la vida mía
cambia y empiece para mí otra era,
antes de sepultar uno por uno
los dulces sueños en que ayer vivía,
antes de que me lance en la carrera
de mi segunda edad, te dé siquiera
un hilo conductor que sea guía
del laberinto de mi edad primera.
Quieres, en fin, el pliegue más espeso,
el rincón más recóndito y profundo
ver de mi corazón y mi memoria,
y de tu tierno afán en el exceso
conocer de mi espíritu la historia,
con intención tal vez de darla al mundo.

Mas yo no tengo historia. Sepultado
en mi cámara siempre y circuido
de fantásticos seres, he vivido
de sus sombras no más acompañado,
con ajenas historias divertido,
y a cuidados ajenos entregado.

He sentido pesares y amarguras:
mas ¿quién hay, si nació, que no las sienta?
He corrido peligros y aventuras:
mas en época tal ¿quién no las cuenta?
Tú crees que una razón desconocida
a la halagüeña sociedad esquivo
me hizo y huraño, que a enterrarme en vida
me obligó acaso roedor hastío,
que me hizo aborrecer las diversiones
de un mundo para mí *sin ilusiones*,
como hoy se dice, y por el cual, mancebo
siendo y social y juguetón y activo,
viví, torvo poeta del Erebo,
ocupado en forjar obras horrendas
que, en nueva forma y en estilo nuevo,
dieron al mundo en páginas tremendas
sangrientos dramas, bárbaras leyendas,
narraciones de impíos sacrilegios,
visiones y nefandos sortilegios,
cosas que el vulgo vil halló estupendas.
Dícesme que sospechas algún caso
siniestro en mi niñez acontecido,
sólo de mi familia conocido;
alguna herida en el honor acaso,
resentimiento de amor propio herido,
un odio o un amor sin esperanza

de conseguir jamás perdón u olvido,
recompensa o venganza,
que me tuvo del mundo retraído:
mas en verdad te digo que te engañas,
que sueñas lo que no es, amigo mío;
no hay en mi vida fábulas extrañas,
ni mis costumbres con el mundo hurañas
menos son hijas de precoz hastío.
Yo no soy de esos mozos mentecatos
de *ilusiones perdidas* y alma seca,
que nacieron ayer, y ya insensatos
decrépitos se creen; en mí no trueca
la romántica moda las edades:
y aunque no vigorosa, sino enteca
por mi constitución y cualidades
físicas, y a pesar del siglo necio
que palpa semejantes vaciedades,
mi juventud es juventud: es recio
mi corazón y joven todavía
y no me cansa la existencia. Aprecio
la esencia que el Señor puso en la mía,
al sentir que en mi pecho y en mi mente
un alma no se encierra inerte y fría,
que el bien no goza y el placer no siente.
La soledad, Miguel, en que he vivido
hija no más de la costumbre ha sido;

y, libre del poder de otro misterio,
mi carácter no más ha sucumbido
de la costumbre al poderoso imperio.
Dícesme que al leer de mi poema
los cantos que te envié, te ha sorprendido
el entrañable e infantil cariño,
la adoración con que hablo de Granada,
que no es al cabo la ciudad amada
donde nací y pasé mi edad de niño.
Tienes razón, Miguel; defecto es ese
de mi obra miserable, que revela
algo de misterioso, aunque me pese
tal confesión; pero en verdad te digo
que no me pertenece ese secreto.
Es una historia ajena a la que abrigo
presta mi corazón, y que conmigo
va siempre como mágico amuleto,
cuyo poder al cielo me hace amigo.
Yo te la contaré más adelante,
de tu curiosidad pues es objeto,
y a mi vida volvamos un instante.
No, no hay en ella nada que acreciente
su valor para el vulgo, ni un ambiente
dramático la envuelve bajo el velo
del misterio que crees. Breve y sencilla,
aunque cual breve triste, es solamente

la de un oscuro hidalgo de Castilla
que, último de su raza, en otro suelo
busca otro nuevo hogar, busca otra gente
a orillas de otro mar, bajo otro cielo
do su pasado mal no halle presente.
No voy en pos de recompensa alguna,
ni de fortuna en pos más venturosa:
yo no busqué jamás a la fortuna.
¿Amiga al fin me buscará? Lo ignoro.
Yo he visto a esa inconquistable diosa
seguirme pertinaz desde la cuna;
me ha ofrecido mil veces amor, oro,
aplauso, gloria, vanidad, decoro,
todo..., y la he dicho desdeñoso: «Pasa:
nada te pido; tu favor no imploro.»
¿Por qué? He aquí la historia de mi casa:
la historia que tú crees maravillosa.
Óyela, y sal de tu ilusión.
—Un día,
de mi paterno hogar ante la brasa
mustia, que chispa a chispa se extinguía
de la desgracia al soplo, reunidos
los solos cuatro seres bien unidos
de mi familia estábamos. Mi madre,
alma llena de amor y de ternura,
para quien todo el mundo se encerraba

en mi profundo amor y el de mi padre.
Débil mujer, mas tipo de hermosura
meridional, de raza verdadera
española: ojos negros, tersa frente,
boca fresca de enana dentadura,
suave acento, sonrisa cariñosa,
tez pálida, morena y trasparente,
aguileña nariz, breve cintura,
casta y noble expresión, marcha ligera,
pequeñísimos pies, corta estatura,
y coronada, en fin, de fabulosa
negra, riza y sedosa cabellera,
que envolvía sus hombros abundosa,
y la medía, en pie, la talla entera.
Frente de ella, mi padre, magistrado
recto, conocedor de los secretos
del turbulento y anterior reinado,
que de expirar entonces acababa
con la vida de un rey y que dejaba
los españoles ánimos inquietos,
en sombrío silencio meditaba.
A su lado un severo sacerdote,
hermano de mi madre, amontonaba
los extraviados palos del manojo
que ardía en el hogar: y en medio de ellos
su silencio y tristeza con enojo

viendo y con inquietud, yo, casi niño,
la moribunda llama contemplaba,
teniendo asida con filial cariño
la mano que mi madre me alargaba.
Era una triste y dolorosa escena
cuya acción en palabras todavía
ningún actor interpretado había;
pero la angustia de que estaba llena,
de los cuatro en la faz se traslucía.
Era noviembre; el sol en el ocaso
doraba con sus rayos postrimeros
el cielo de Castilla, frío y raso;
el viento del otoño, de sus galas
despojando la olmeda, cual plumeros
de militares cascos, sacudía
con furia de los árboles las copas;
y de su soplo ronco entre las alas,
que el hielo del invierno nos traía,
la tempestad política venía.

En la empedrada calle oyóse a poco
el trote de un caballo:
sonoro el eco del herrado callo
de aquel bridón que estrepitoso llega
resonó en el portal de nuestra casa,
y su crujiente son, último y lento,
retumbó por la cóncava bodega

expirando en el último aposento.
Cual por impulso eléctrico impelidos,
todos cuatro a la par abandonamos
nuestro abrigado asiento,
y a la escalera y al balcón, movidos
por el interno afán, nos asomamos.
Mi padre, en cuyo pecho tuvo asilo
el valor más sin tacha (¡todavía
me parece que le oigo y que le veo!),
con voz serena y corazón tranquilo
dijo: «No os azoréis; es mi correo.»
Era, en efecto, el nuestro que venía
de la ciudad cercana. Rompió el sobre
de las cartas mi padre: leyó en calma
las nuevas de la corte que le envía
un amigo leal, mientras el alma
de mi angustiada madre,
que por leer también se la aproxima,
con afanosa incertidumbre lucha;
y al fin, vuelto al hermano que le escucha,
dijo: «Ya está la tempestad encima.»

Aquella noche y antes que la luna
en el cielo brillara, previnimos
nuestros viejos caballos, y oportuna
la ocasión escogiendo en que la gente
se reunía a comentar las nuevas

recibidas, del pueblo nos salimos,
y a comenzar las dolorosas pruebas
de una guerra civil nos dispusimos.
La nueva aurora nos halló muy lejos
de nuestro extinto hogar, y otras extrañas
riberas y el favor de amigos viejos
nos dieron un abrigo en sus cabañas,
entre los enebrales y los tejos
de sus desiertas y ásperas montañas.
Después..., de nuestro siglo las tormentas
que hasta su oculta soledad llegaron,
los padres y los hijos dividieron,
y al mundo divididos nos lanzaron,
como átomos de polvo que arrebató
el huracán, cuyos gigantes brazos
el torbellino asolador desata;
como restos de nave sumergida
que entre las ondas de la mar se anegan,
que en el naufragio errantes se desunen,
y que, aunque todas a la playa llegan,
nunca más en la playa se reúnen.

Transcurrieron diez años;
en ellos..., ¿quién ignora los prolijos
duelos y los amargos desengaños
que apuramos los padres y los hijos
en nuestra inquieta y desacorde España?

Tres veces en los cuatro postrimeros
metió la impía muerte su guadaña
en mi paterno hogar, y en él su saña
tres veces encendiendo sus flameros,
alumbró tres cadáveres. Mi madre
fué la primera que cayó a los filos
de su hierro fatal: luego su hermano,
que oyó su confesión: después mi padre,
por los pesares y la edad anciano.
¡Gérmenes de mi ser, dormid tranquilos
y velad por mi mísera fortuna
en esta patria del dolor humano,
hasta que a vuestro polvo me reúna
el Dios que nos sacó del polvo vano!

Sólo restan, Miguel, breves renglones.
A su fe y su pendón leal mi padre
se arruinó en la política contienda:
yo, por salvar su honor, vendí mi hacienda...
¡Dios la dé un dueño que mejor la cuadre!
Oré al umbral de su mansión mortuaria,
de su triple ataúd guardé la llave,
y abandoné un país do su memoria
poseía no más. Tal es mi historia.
¡A Dios el porvenir, que es quien le sabe!

Una historia de locos

Pasemos a otro asunto. Va de cuento.
Paseábame yo un día
por la ciudad que vió mi nacimiento,
Valladolid, hoy triste y silenciosa,
en otro tiempo alegre y bulliciosa,
y de la corte de Castilla asiento.
Paseábame, digo,
por su antiguo Espolón, solo y apático,
deseoso de hallar algún amigo
con quien trabar conversación sabrosa,
cuando vi que a propósito
me deparaba Dios el más simpático,
el más leal de los que allí tenía,
que allí de paso como yo vivía,
de chistes amenísimo depósito
y elegante doctor homeopático,
amigo de la dulce poesía.
Tendíle al punto y con placer la mano,

y él, con jovial semblante,
con el cariño franco de un hermano,
enlazando su brazo con el mío
«te buscaba, exclamó, y hace un instante
que habiéndome indicado que hacia el río
te vieron descender, calle adelante,
te seguía los pasos.

—En buen hora
me encaminé, repuse, a esta alameda
donde tu compañía me procura
esa feliz casualidad. Me queda
sólo el temor ahora
de que sea algún mal lo que te obliga
mis huellas a seguir con tal premura.

—No sé lo que te diga,
dijo el doctor. El caso tanto tiene
de bien como de mal.

—¿Qué es, pues, el caso?

¿Un nuevo autor que me dedica un drama?

¿Unos versos de un chico que me quiere
leer su padre? ¿El *álbum* de una dama?

¿Un convite tal vez? ¿Un desafío?

¿Una apuesta? ¿Un ensayo?

—Nada de eso:

es un enfermo mío
a quien, de mi amistad en un exceso,

te ruego que visites.

—¿Estás loco,
doctor?

—Él es quien ha perdido el seso.

—¿Es un demente?

—Sí: pero tranquilo
ahora, está en su lúcido intervalo:
seis días ha que le dejó el acceso.

—¿Y dónde vive?

—¡Toma!, en los Orates.

—¡Pues háblale del palo
al que espera sentencia de garrote!

—¿Pues qué hallas que te espante?

—¡Friolera!

¿Pues no quieres, doctor, que me alborote
si me pones el ánima en un hilo
metiéndome en la casa en que me espera
de los poetas el postrer asilo?

—Poeta es, en verdad, del que te hablo.

—¿Y quieres para hacerle compañía
enjaularme con él? ¡Por vida mía!,
creo, doctor, que te aconseja el diablo.

—No, sino Dios tal vez; en mi experiencia,
creo que ha de influir profundamente
de su mal en alivio tu presencia.

—¡Pues tendría que ver!

—Oye en paciencia
y hablemos, si te place, seriamente.

—No deseo otra cosa.

—Pues escucha.

El doliente en cuestión es un mancebo
a cuya triste y liberal familia
mil atenciones desde niño debo.

Ha un año que de Orates en la casa
tuvieron que encerrarle, y aunque sufre
terribles crisis, de descanso goza
cuando el furioso acceso se le pasa.

Él mismo entonces de su mal se duele,
se conoce, y suplica
que en la crisis fatal no le abandonen;
y en sus días serenos
a escribir se dedica

unos cuadernos de tachones llenos
que guarda con afán, sobre los cuales
en silencio tenaz jamás se explica,
y los defiende siempre con empeño,
en calma o crisis, en vigilia o sueño.

Yo no sé quién le dijo el otro día
que en la ciudad te hallabas,
y bien porque tu nombre conocía
o porque le excitó nueva manía,
porque le dejen visitarte clama,

y dice a todos que si de él supieras,
tú mismo al punto a visitarle fueras,
y sin cesar te llama.

Dice que has sido tú de su demencia
la causa involuntaria; que tú sólo
le puedes aliviar con tu presencia,
y que cristianamente
todo el mal que le has hecho te perdona,
porque tú solo puedes a su frente
ceñir si quieres inmortal corona.

Yo te suplico, pues, que me acompañes
a verle, y compasivo y generoso
la manía le sigas y le engañes,
para darle a lo menos,
ya que no la salud, algún reposo
en los días que Dios le da serenos.»

Dijo y calló el doctor. ¿Podía, acaso,
negarme a hacer un bien que iba sin duda
a costarme tan poco?

Vamos, dije al doctor: y a largo paso
dirigimos los nuestros hacia Orates,
el deseo a cumplir del pobre loco.

Una historia de locos

Era un mancebo pálido que apenas
en los seis lustros de su edad rayaba,
y en cuyos ojos negros chispeaba
el fuego de la fiebre en que su mente
ardía y su existencia devoraba
con sus vigiliás de delirios llenas.
Ya una arruga precoz se señalaba,
sombria dividiéndola, en su frente:
y a través de la mate y trasparente
piel de sus sienes, de sus amplias venas
el enramado azul se dibujaba.
La vaguedad de su mirada errante,
por la enérgica fuerza contenida
de su empeñada voluntad constante,
la árida sequedad, la contraída
sonrisa de sus labios, a su boca
y a su expresión prestaban cadavérica
y extraña rigidez, falta de vida,

que vendía traidora a cada instante,
con repentina contracción o amago
de involuntaria carcajada histérica,
la violenta y aparente calma
con que ansiaba en su lúcido intervalo
encubrir el desorden de su alma.

Tendíome el infeliz su ardiente mano:
me contempló un momento con ternura
murmurando: «Sí, él es; bien le recuerdo»,
y me cedió su asiento cortesano,
diciéndome con íntima dulzura:
«Ya le habrán dicho a usted que yo estoy loco:
es la verdad; mas lo que usted ignora
es que es usted la causa
del mal horrible que mi ser devora.»
Yo callé, y él siguió tras breve pausa.
«Yo, como usted, aunque con otra suerte,
nacé en Valladolid; somos paisanos:
tal vez, ¡sábelo Dios!, somos hermanos;
tal vez más..., porque el mundo es un abismo
de misterios, que el hombre no penetra
y cuya realidad jamás advierte.
Tal vez somos los dos un hombre mismo:
mas cuya esencia entre ambos dividida,
de ella le han dado a usted la parte buena,
la más noble y brillante, la más fuerte,

la de deleites y venturas llena;
es decir, la salud, la inteligencia,
la fe, la acción, el canto,
la fortuna, la gloria, en fin, la vida;
y a mí sólo me dieron entretanto
la duda ruin, la ceguedad inerte,
la enfermedad, la inercia, la impotencia,
las tinieblas, el mal, en fin, la muerte.
Yo moriré por ambos enjaulado;
usted por ambos vivirá colmado
de libertad, de gloria y de alegría,
uno siendo los dos, y de este modo
cuando a su seno Dios nos llame un día
será común entre nosotros todo;
partiremos entrambos como buenos,
de usted la suerte, y la desgracia mía.»

Yo, al comprender tan loca teoría,
de sonreír al fin no pude menos.
—«Veo que duda usted de lo que digo,
continuó; pero dígnese escucharme
unos breves instantes, y a que vea
clara, palpable mi razón me obligo.
—Hable usted, repliqué; no dudo nada
de lo que afirma usted: por el contrario,
en esa vida doble con que atada
nuestra esencia tenemos, hasta ahora

llevo lo bueno, lo feliz, lo bello,
y en el placer inmenso que atesora
bendice a Dios mi corazón por ello.
Prosiga usted; porque en verdad le digo
que le oigo con placer.
—Pues bien, prosigo,
No sé por qué fatal coincidencia
por el mismo camino, paso a paso,
ha corrido a la par nuestra existencia;
un punto no hay del universo acaso
que haya usted visitado
adonde yo después no haya llegado.
Su familia de usted tuvo en Castilla
casa: también la mía; magistrado
fué su padre de usted: también el mío;
habitó usted en Burgos y en Sevilla
cuando pequeño: yo también. Del río
Guadalquivir, del Arlanzón, del Duero,
del Pisuerga y Genil la varia orilla
que vió usted, hombre o niño, con sus ledas
odoríferas áureas, sus olmedas
añosas, sus espesos enebrales,
ruínas, castillos, puentes, catedrales,
en mí después, como en usted primero,
inspiró a par iguales
instintos y aficiones, sentimientos

dulces y melancólicos, el mismo
sombrió y vagaroso idealismo;
y las mismas costumbres y lugares
que en nuestra infancia vimos,
las mismas tradiciones populares
y las mismas canciones y los cuentos
mismos con que en la cuna nos dormimos,
engendraron en ambos con los años
la misma gradación de pensamientos,
aunque distintos en edad y extraños
el uno para el otro siempre fuimos.
Estudios a ambos en Madrid nos dieron
los Padres Jesuítas:
a usted en su extinguido seminario
y en San Isidro a mí: y he aquí que empieza
la larga serie de mis negras cuitas:
he aquí do nace el mal que involuntario
me ha originado usted, el fatalismo
que al fin me ha trastornado la cabeza.

Enviéronme mis padres a Toledo
a la Universidad; dos años antes
había estado usted: de usted me hablaron
por la primera vez los estudiantes.
Yo, como usted, vagué por las alturas
de las peñas del Tajo;
como usted admiré las esculturas

y el difuso trabajo
de nichos, agallones, sepulturas,
greas, orlas, molduras y calados;
las techumbres de cedro, los cancelos
de plata, las custodias de mil piezas,
los inmortales lienzos y tallados
bustos e inapreciables joyerías
de los altares santos; los pintados
rosetones, las moras celosías
entoldadas de ricas sederías,
las graves e imponentes procesiones
que ve Zocodover por sus balcones
colgados de sin par tapicerías.
Visité los palacios de Galiana,
el baño de la Caba, los rajados
restos del artificio de Juanelo,
de la puerta del Sol la obra africana,
las ruinas, las ermitas, las murallas,
todas las venerables antiguallas
que la imperial ciudad guarda en su seno;
cuanto puede ser hoy raro y curioso
en restos, monumentos,
cantares, tradición, historia y cuentos
vi, estudié, recogí y adoré ansioso,
con la intención de procurarme un día,
con ello y con la noble poesía

un lugar en el templo de la gloria,
y universal y larga nombradía
de este mundo mortal en la memoria.
Trabajé con ardor; de claro en claro
los días y las noches me pasaba,
de los minutos en mi afán avaro.
Ya una canción mediana corregía,
ya la mitad de un cuento cercenaba,
ya cuatro versos duros suprimía,
ya entre dos o tres mil, ciento elegía,
con los cuales un tomo completaba;
y ya a darle a imprimir me disponía
cuando, ¡ay de mí!, cayéronme a las manos
los tres primeros tomos que acababa
usted de publicar, y al hojearles,
todos mis argumentos toledanos,
toda mi idolatrada poesía
en ellos encontré, y al contemplarles
calculé que los míos, mis amores,
fruto de mis vigiliyas y sudores,
no iba a parecer de todos modos
más que plagio, a los suyos posteriores.
Despechado lloré: quemélos todos,
y dejando las odas y canciones
pensé en mayores obras, y en tres años
tres tomos escribí de tradiciones;

mas, ¿quién previene lances tan extraños?

Ya en la corte me hallaba

y con un impresor acorde estaba

para darles a luz, cuando las tiendas

de la calle Mayor mirando un día,

ocupado en la compra de unas prendas,

vi poner el cartel en que anunciaba

usted otros tres tomos de leyendas.

Busco del editor la librería,

adquiero al punto un ejemplar, le hojeo,

y en la obra de usted absorto veo

los argumentos mismos de la mía.

Un mes estuve en cama

enfermo de pesar, llorando muerta

mi por usted asesinada fama;

empero no cedí. Busqué otra puerta

de su templo inmortal, y en meses cuatro

de trabajo febril, concluí un drama

y conmigo y con él di en el teatro.

—«¿El señor director?, dije al portero.

—Allí le tiene usted en el ensayo.

—¿Puedo entrar? —Sí por cierto, caballero.

Y en mitad de la escena, como un rayo

ciego de gozo me planté de un brinco.

Abordé al director, le di mi obra,

la tomó, la hojeó como hombre ducho,

sus páginas saltando a tres y a cinco,
y me la devolvió sin miramiento
diciéndome después: «Lo siento mucho:
pero ésta es ya una obra inadmisible.
—¿Por qué?, exclamé asombrado.
—Porque con el mismísimo argumento
de vuestro rey don Pedro de Castilla,
en la Cruz anteanoche se ha estrenado
un drama nuevo del señor Zorrilla.»
Y la espalda volviéndome en el acto,
me dejó el director estupefacto.

Otro mes me costó de calentura
semejante aventura;
mas yo ciego, tenaz, firme en mi tema,
determiné luchar con toda el alma,
y con la fe de un mártir me propuse
el argumento inmenso de un poema.
Tenía yo esta idea desde niño
y esperaba a crecer en fuerza y nombre
para emprender cuando me viera hombre
esta obra, cuyo plan desde mi infancia
idolatré con infantil cariño.
Era mi idea capital, nacida
de una superstición y en la que puse
todo mi porvenir, toda mi vida.
Velé, reflexioné, leí con calma

estudiando mi asunto:
coordiné su acción, su plan dispuse,
escudriñé de su época la historia,
y para dar verdad a su relato
los sitios de su acción decidí al punto
partir a visitar. ¡Pobre insensato!
Llego a Granada: veo, estudio, apunto,
dibujo, limo el plan, escribo un canto:
me parece la octava maravilla:
se le leo a un amigo, y con espanto
le oigo decir: «Pero, hombre, eso es lo mismo
que lo que empieza a publicar Zorrilla.»
Congelóme la sangre un parasismo
al escucharle, y con terror profundo
comprendí que un siniestro fatalismo
me encadenaba a usted en este mundo.

Empezó a darme vueltas esta idea
en el cerebro sin cesar: el sueño
me empezó a abandonar, y los antojos
del delirio, en periódica marea,
en círculo ya grande, ya pequeño,
a girar empezaron,
a crecer y a menguar ante mis ojos
hasta que mi razón debilitaron.

Cuando en mi alcoba por la noche a oscuras
al reposo invocaba, que me huía,

de vagas y fantásticas figuras
se poblaba su atmósfera vacía.
Ya a lo lejos, disperso en las alturas,
ya junto encima de mi pecho, hervía
todo un mundo de sombras y visiones.
¡Ay!, ¡el de mis poéticas ficciones!

Del vacío en los pliegues incoloros
veía de mis cuentos de Granada
los héroes en acción, Cristianos, moros,
y la ciudad en fiestas, ya incendiada;
ya corridas magníficas de toros:
allí el auto de fe, la cabalgada
allá: la procesión, la boda, el duelo,
las mezquitas, la Alhambra, el mar, el cielo.

El monje grave, la modesta dama,
la desnuda odalisca, el niño tierno:
bien, mal, vicio, virtud, en amalgama
torpe, en bullente movimiento eterno,
veía en gigantesco panorama;
y a través del tumulto de este infierno,
fijos en mí como carbones rojos
brillar de usted los pertinaces ojos.

De usted que, dél en el confín sombrío,
mi creador cerebro escudriñando,
las creaciones y el trabajo mío

iba a sus propias obras aplicando;
y este continuo vértigo, este impío
maleficio mi seso trastornando,
fué mi razón matando poco a poco;
y al fin, ya lo ve usted, me he vuelto loco.»

Calló aquel infeliz; y entre sus manos
escondiendo su rostro, la cabeza
sobre el pecho inclinó, con sus insanos
pensamientos luchando una gran pieza.
Yo, ante el extraordinario fatalismo
a que él atribuía su locura,
airado me sentí contra mí mismo;
presa mi corazón de honda tristeza,
en dos espesas lágrimas de fuego
la esencia derramó de su amargura:
dos gotas que en vapor tornadas luego,
por aquella demente criatura
a Dios llevaron mi ferviente ruego.
Alzó por fin la frente, y más sereno
el desdichado mozo, de hito en hito
me miró y exclamó: «Pues está escrito
que de usted sea de los dos lo bueno,
voy a entregar a usted un manuscrito
con mis sucesos y mis obras lleno.
Yo le autorizo a usted a que le imprima,
le publique y le venda,

si de salir a luz digno le estima:
es de mi vida la fatal leyenda.
Y pues yo para usted pienso y escribo
y nada puedo producir que suyo
no sea, tome usted: yo restituyo
mis obras a su dueño positivo.
Vaya usted hilvanando esos retazos,
y cuando haga con ellos una historia,
piense en el infeliz que sus pedazos
arrancó para usted de su memoria.»
Dijo, y al cuello echándome los brazos
se despidió con gravedad notoria,
dándome de papeles un legajo,
producto de tres años de trabajo.

Una historia de locos

Tal es, Miguel, la relación del loco:
si acaeció en verdad o en su manía
la forjó su locura, importa poco;
mas está tan ligada con la mía,
que en mi memoria con terror la evoco,
y comienza a dudar mi fantasía
si estará a dar razón de su demencia
obligada en justicia mi conciencia.

A fuerza de dar vueltas a sus solas
a esta duda fatal mi pensamiento,
de un mar de confusión entre las olas
fluctúa sin cesar mi entendimiento;
monstruo de mil cabezas y mil colas,
este vigilador remordimiento
entre sus garras mil tenaz me aferra,
mi alma atribula, mi conciencia aterra.

Hasta he llegado a creer que su relato
es el relato de mi propia vida,

y que soy la mitad de ese insensato
sola una habiendo entre los dos partida;
y en fin, por si soy él, de hacerle trato
cuanto bien pueda hacer mi alma afligida,
y a costa de cualquiera sacrificio
ver si consigo devolverle el juicio.

Para esto me aconseja y me suplica
el doctor homeópata, mi amigo
(que a estudiar estos males se dedica),
que identifique a ese infeliz conmigo;
que acepte nuestro ser como él le explica,
cual dos que a sola un alma dan abrigo,
siendo así nuestras obras y manías
las más tuyas y las tuyas más.

Yo no sé, buen Miguel, si tú me entiendes,
ni seguro estoy yo de si me explico;
ni sé tampoco si entender pretendes
cómo con otro yo me identifico;
mas que hechizos no son, verás, si atiendes,
ni sueños con que yo te mixtifico:
sin acudir a sortilegio alguno
desde hoy el loco y yo formamos uno.

Más claro, en fin, porque mejor lo entiendas:
yo escribía un *Poema de Granada*
mientras él escribía sus *Leyendas*.

Vamos, pues, a hacer juntos la jornada
y juntos a llevar nuestras ofrendas
a la ciudad por ambos adorada;
y a la par, cada loco con su tema,
él su historia la da, yo mi poema.

Él en sus *Mil Leyendas*, como en cosas
discurridas al cabo por un loco,
en narraciones mil maravillosas
cuenta su vieja historia poco a poco;
él la mece en su cuna de oro y rosas,
yo abriendo su ataúd la muerte evoco;
contrario, en fin, mi cántico del suyo,
él funda su poder, yo le destruyo.

Me pedías, Miguel, mi pobre historia
y mil voy a contarte en vez de una.
Me preguntas si ya de mi memoria
Granada se borró con la fortuna;
que me consagro ves todo a su gloria,
pues me remonto hasta buscar su cuna:
de hoy para siempre con mi suerte unida,
suya será mi voz, suya mi vida.

Encantada ciudad, cuyas historias
piden del Rey-Profeta el arpa de oro;
sultana del Genil, cuyas memorias

evoco a solas y en silencio adoro;
alcázar oriental, de cuyas glorias
envidioso está el mundo: bien el moro
dijo al decir que la mansión divina
está sobre tu tierra peregrina.

Tras el cendal de tu estrellado cielo
se ve la faz de Dios que centellea:
no hay quien detrás de tu flotante velo
la omnipotencia de su ser no vea:
no hay quien escrita en tu fecundo suelo
la realidad de su poder no lea:
no hay quien contemple tu nocturna calma
sin alzarte un altar dentro del alma.

Gemela del Edén, fértil Granada,
huerto de aloes donde amor suspira,
donde va con esencias perfumada
el aura sana que en su espacio gira,
tu misteriosa soledad, poblada
de árabes genios, languidez inspira,
y no encierran los senos de tu sombra
el miedo ruin que al corazón asombra.

El canto de los pájaros canoros
que anidan en tus bosques, embebece,
el ruido de tus árboles sonoros
y de tus frescas aguas, adormece:

de tu brisa en los pliegues incoloros
extasiado el espíritu se mece:
todo reposa en ti bajo el imperio
de un oriental incógnito misterio.

¡Tierra de bendición! ¿Quién no te adora?
¡Tierra de amor donde el placer se anida,
en tus dulces recuerdos se atesora
toda la gloria de mi inquieta vida!
¿Quién de ti, si te ve, no se enamora?
¿Quién, si de ti se enamoró, te olvida?
¡Bien hizo el que a tus pies por no perderte
peleando tenaz buscó la muerte!

Ya sabes qué es de mí, qué es lo que he hecho
y lo que voy a hacer, ¡oh, Miguel mío!
Ya tu curiosidad he satisfecho
franqueando a tus ojos el sombrío
pavoroso recinto de mi pecho.
No olvides que estas hojas que te envío
son, para ti, de mi cariño prenda:
para Granada, de mi amor ofrenda.

Índice

Una historia de locos	4
Una historia de locos	16
Una historia de locos	21
Una historia de locos	34